

El romanticismo en Neruda

Por Luis OYARZUN

Recién han vuelto a mencionar los periódicos suecos el nombre de Pablo Neruda, a propósito del último Premio Nobel de Literatura. No hay revista europea o americana de poesía que no lo cite entre los grandes poetas del siglo, y no ha mucho, el suplemento literario del *Times* de Londres consagró toda una página a analizar la última edición de sus *Obras completas* —prematuros obras completas— publicada hace dos años por Losada, y empezaba allí el articulista diciendo que Neruda debía ser hoy el único poeta vivo cuyo ámbito geográfico de interés se extiende por el mundo entero, “desde su Chile natal hasta la China”.

A través de sus distintas épocas, y a pesar de sus cambios, la poesía de Neruda ha mantenido su carácter romántico, ese primado de lo emocional que comienza en el ritmo de sus versos, se continúa en la organización del discurso poético y preside el tratamiento de los temas. Ese romanticismo aparece primero —en los libros iniciales— bajo forma simbolista, alrededor del tema de la soledad y del amor —soledad del hombre en el mundo, soledad de los amantes. Va después entrando cada vez más en una especie de delirio, que culmina en *Residencia en la tierra* con la reiterada y multiforme visión del caos de la cultura y de la naturaleza, y por último alcanza un romanticismo político y “humanista” bajo la imagen de un mundo nuevo y feliz.

Hasta ahora, sin duda —como lo señala el articulista anónimo del *Times*—, la máxima altura en la poesía nerudiana se ha dado en el apogeo de su sentimiento de un hombre y una naturaleza desintegrados. Todo fluye ahí a la deriva, en un lento y caudaloso río que arrastra toda clase de materiales en desorden, como se ve, por ejemplo, en el poema *Alberto Rojas Jiménez viene volando*. Objetos naturales y humanos se dan unidos en una misma visión de ruina e incesante destrucción. Esta poesía está poblada de símbolos tomados de la naturaleza —amapolas, arañas, el mar, el viento, abejas, bosques, flores, raíces—, pero todos ellos son usados como alusivos a lo humano. Son humanizados. La naturaleza toda es sentida como un monstruoso animal o como un inmenso corazón angustiado. “El mar reparte el sonido del corazón...” Se le atribuyen emociones y pasiones humanas. Su fuerza y su vertiginoso transcurrir son los mismos del hombre. También lo son su pecado, su infortunio. Tal humanización de la naturaleza y su confusión con objetos culturales, se ve con claridad en poemas como *El fantasma del buque de carga* o *Monzón de mayo*.

El núcleo ligador de los confusos elementos de la naturaleza y del hombre es aquí un impulso erótico central, que lleva al poeta a unir en la misma fascinación, en la misma potencia animal y en idéntica furia destructiva a todos los habitantes de la realidad. Nítidamente se ve la acción bifronte de este impulso en la rara mezcla de amor y odio que anima los poemas eróticos más significativos, como *Tango del viudo* y *Las furias y las penas*. La acción y la pasión humanas carecen de sentido, pero esta última tiene en sí misma su propia justificación, desde que intensifica a la ciega corriente de la vida. La pasión es el compromiso del hombre con la vida.

La cultura carece de sentido y el contacto con ella, para Neruda, se traduce en fatiga y exasperación. Hay en esta poesía una terrible visión del poder destructivo del tiempo, que aniquila al hombre con sus obras y trabajos. La cultura ha secado, ha asesinado a la naturaleza y al alma (*Entrada a la madera* y *Desespedito*). En cambio, se exalta, en el símbolo del apio de los *Tres cantos materiales*, a la naturaleza viva, al dios de la vida, y en el vino se celebra la vida turbulenta del hombre, el desorden pánico desatado en las profundidades. Se abrogan las reconfortadoras convenciones de la sociedad burguesa y se muestra al desnudo a esa muerte que acecha al hombre en todos los instantes, la destrucción inapelable de todas las cosas, la enfermedad, la guerra de la naturaleza y de la historia, el sentimiento del cosmos.

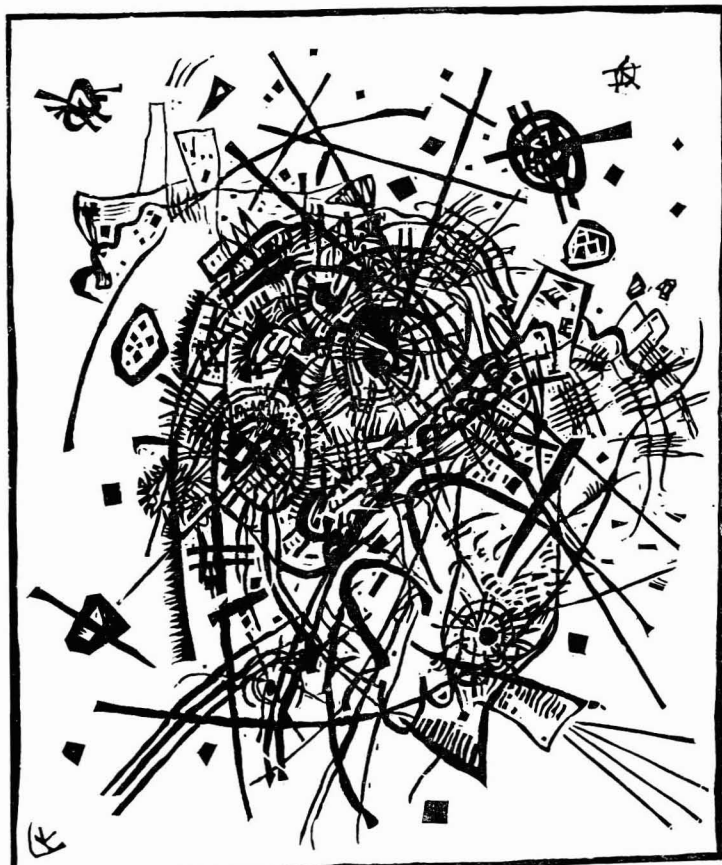
Diríase que esta visión del caos del mundo amenaza al poeta con llevarlo demasiado lejos, a los límites de la locura y de la muerte. De cuando en cuando suspira por un absoluto, solicita

una seguridad en el derrumbe (*Significa sombras*) o un cálido mundo humano. Sólo una iluminación interior o un acto de compromiso radical podrían salvarlo del caos. Con la Revolución Española, se produce este último. A la embriaguez infernal de la vida, sucede la comunión política.

Entonces, esta poesía, que era la condenación cantante y cómplice de una vida muerta y blanda en la paz, se transforma en la apología del combate. Por la exaltación del odio y del espíritu de partido, busca ahora la muerte del odio y el advenimiento del amor. Terrible cosa. “Un día palpitante de sueños humanos, un salvaje corcel ha llegado a mi devoradora noche para que junte mis pasos de lobo a los pasos del hombre.” “Que el que reniega hoy sea escupido.” “Todo ha de ser de hierro, todo ha de andar y herir...” “Preparad las tenazas más duras, y las horcas...” “Este es el canto del día que nace y de la noche que termina...” “Que no tiemble el brazo que castigue...”

Se expresa en esta nueva fase de la poesía nerudiana la conjunción de un sordo, visceral resentimiento —que animaba ya a la poesía anterior— y el amor animal por el hombre y la vida, dos caras de una misma medalla. A pesar de toda la potencia que aquí explota, y tal vez por eso mismo, nos hallamos en las antípodas del espíritu.

Producida la conversión política —culminación natural de un proceso de dramática experiencia—, el mundo todo se organiza. Desaparece el caos. Se reparten ordenadamente las aguas: amigos y enemigos, buenos y malos, luces y sombras. La naturaleza desintegrada se convierte en ornamental y bucólica en las *Odas elementales*, o bien es un fondo benigno que protege la muerte gloriosa de los camaradas. No hay caos sino para los enemigos. Se simplifica el mundo poético y se pierde mucha de su intensidad. El poeta estaba mejor en el infierno que en el cielo. “Ya toqué con mis manos la camisa del crepúsculo azul y derrotado: ahora toco el alba de la vida naciendo con el sol de Stalingrado.” De la ordenación del antiguo caos, surgen la patria, el partido, la tierra, como símbolo del bien. —¿Hasta cuándo? Sólo el tiempo lo dirá, pues la gran poesía es invisible y, como el espíritu, sopla adonde quiere.



Kandinski— “Un hombre y una naturaleza desintegrados”